



PABLO NERUDA

PABLO NERUDA

NERUDA: TEORIA Y PRAXIS POETICA

por JAVIER CIORDIA

Las reflexiones sobre el qué y el para qué de la poesía—jamás sobre el cómo—emergen con intermitencia en los escritos de Neruda, cuyo propósito poético, manifestado una y otra vez, se cifra en incrementar la conciencia de solidaridad humana, alzándose de continuo contra la enajenación de los poetas hechizados por los artilugios del arte por el arte. Sus manifiestos, que taracean, prácticamente, toda su creación, culminan en el Discurso de Recepción del Premio Nobel, en 1971. Detecto, por orden cronológico, los más expresivos.

En la revista española *Caballo Verde para la Poesía*, fundada por Manuel Altolaguirre y dirigida por Neruda, publicó éste, en 1935, cuatro poemas en prosa que se titulaban, respectivamente, así: “Conducta y Poesía”, “Los Temas”, “Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1936)” y, “Sobre una Poesía Pura”.¹ De todos ellos, el más significativo me parece, definitivamente, el último. En él opta, enmarcado contraste de referencia implícita a Juan Ramón Jiménez, por una poesía deliberadamente “impura”, “gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y por el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.”²

Neruda se dilata describiendo los arreos de la pretendida impureza, lo cual nos revela que ya antes de la guerra civil española (1936-1939), evento que según algunos críticos³ originó su “conversión” poética, era ya dueño consciente de una voluntad de diferenciación provocadora y de arraigo socio-político.

Muchos años después (1957) prologaba una edición portuguesa de sus obras. En esa prefación, bajo el epígrafe “Me niego a masticar teoría”, formulaba tres juicios sobre su quehacer literario. En ellos exprimía tres ideas, fundamentalmente. Las tres de interés máximo. En la primera, un tanto irónica, advertía que ignoraba qué fuese poesía. En la segunda, significativamente profunda, afirmaba que sus grandes maestros habían sido los ríos y los pájaros. En la tercera declaraba que su deber como poeta—compromiso político—no consistía más que en defender a los pobres. Transcribo sus palabras:

“Tengo ya 53 años y nunca he sabido qué es la poesía, ni cómo definir lo que no conozco. No he podido tampoco aconsejar a nadie sobre esta substancia oscura y a la vez deslumbrante.

De niño y de grande anduve mucho más entre ríos y pájaros que entre bibliotecas y escritores. Era, sin embargo, un buen bibliófilo, amigo de libros, versos y cuentos.

También asumí el antiguo deber de los poetas: la defensa del pueblo, de la pobre gente explotada.”⁴

Obviamente, en la primera de estas ideas subyace otra: la de la naturalidad por encima del artificio orfebreril, en cuanto implica vinculación a didactismos o aprendizajes libresco. Neruda es un poeta natural. Lo rubricó en muchas ocasiones, pero nunca con la exactitud y resonancia de su discurso ante la ilustre academia sueca:

“Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema; y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría.”⁵

Este aserto, por el que se aproxima, en algún sentido, a la concepción poética de Platón, no significa, sin embargo, que Neruda improvisase o desatendiese los aspectos técnicos. Antes bien, como puntualizó Rosales, que lo vio trabajar muchas veces, su aparente naturalidad provenía y era fruto de “una técnica meticulosa que no aventura nada.”⁶

También el anti-intelectualismo que rezuma la segunda idea, que nos recuerda por antítesis a J. P. Sartre, cuyos juguetes únicos fueron, según confesión propia los libros, reaparece a intervalos en sus ejercicios de reflexión literaria. Neruda quiere ser un poeta conectado con la naturaleza, con la que de hecho vive en comunión simbiótica. Con la naturaleza y con los objetos. Un pedazo de lona protector en las noches australes, unos calcetines o unas coles rojas tienen más repercusión en él que todos los conceptos e imágenes abstractas. Esto nos indica que su semántica y sus intuiciones son, preferentemente, emocionales. Carlos D. Hamilton sostiene que, incluso, en política es socialista emocional y no intelectualmente o, por haber leído a Marx.⁷ A su poética, por tanto, se la podría describir, como la poética de la emoción o, de la comunicación por la emoción. Unas palabras suyas lo confirman:

“Tengo hasta cierto desprecio por la cultura; como interpretación de las cosas me parece mejor un conocimiento sin antecedentes, una absorción física del mundo.”⁸

Por otra parte, por su populismo histórico, que se proyecta de diversas maneras, entiende la poesía funcionalmente, como servicio, como intercambio, como comunicación y, hasta como alimento de vida. En una

palabra y como un elemento representativo y útil, en el que se refleja y se defiende al pueblo, del que se proclama, con insistencia, solidario. Uno de sus textos más hermosos, en el que resplandece el afán de representación y comunión, es el titulado “Poetas del Pueblo”, que sirvió de prólogo a su libro *La Lira Popular*, editado en Santiago de Chile, en 1966. En él confesaba:

“Siempre he querido que en la poesía se vean las manos del hombre. Siempre he deseado una poesía con huellas digitales. Una poesía de greda para que cante en ella el agua. Una poesía de pan, para que se la coma todo el mundo.”⁹

Es decir, una poesía servicial. Ahora bien, la máxima servicialidad se denomina comunión. El la pretende, sobre todo, con los más indigentes. Por eso, a su juicio, “ningún poeta (tiene) más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos.”¹⁰

Esta voluntad de servicio utilitario se patentiza en otro texto de 1950. Escribe:

“...quiero que mi poesía cuelgue de los árboles del pueblo, como una bandera, y que cada verso tenga un peso textil, defienda las caderas de la madre, cubra la crin del agrarista.”¹¹

Tal pretensión quedó poéticamente registrada en una de sus odas a la poesía:

“Yo te pedí que fueras
utilitaria y útil,
como metal, harina,
pan y vino,
dispuesta, poesía,
a luchar cuerpo a cuerpo
y a caer desangrándose.”¹²

Todos estos pensamientos conservan una gran afinidad con los que expuso en sus memorias—*Confieso que He Vivido*—y con los que leyó ante los académicos suecos. En una y otra ocasión se yergue, particularmente, contra el creacionismo de Huidobro,¹³ tanto como contra la “belleza congelada” de Góngora y las “purezas” de Juan Ramón. En concreto, la concepción huidobriana del poeta como “un pequeño dios” le resulta, no sólo enajenada y enajenante, sino narcisista y estéril desde la perspectiva socio-comunitaria, pues se soborna a sí mismo y se condena a la frustración.¹⁴ Neruda la impugna denodadamente en nombre del hombre común que lo habita, ya que todo poeta debe actuar como un artesano, contribuyendo con su palabra y su actitud a “la construcción de la sociedad, a la

transformación de las condiciones que rodean al hombre.”¹⁵

Sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes—recalca—llegaremos a restituirle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando en cada época nosotros mismos.¹⁶

Esto significa que Neruda concibe la poesía como una herramienta de trabajo y como un instrumento de liberación que es, en el pensar de Uslar Pietri,¹⁷ una de las características que vertebran la literatura hispanoamericana.

Por los demás, en el poema “Los Poetas Celestes”, perteneciente al *Canto General*,¹⁸ se apedrea, tanto inmisericorde como injustamente, a todos los movimientos vanguardistas de nuestro siglo, a los que sin excepción se los tilda de evasores y prófugos de la vida y de que se dejaron sobornar “por el plato de restos sucios” que les arrojaban las clases dominantes:

¿Qué hicistéis vosotros gidistas,
intelectualistas, rilkistas,
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cadáveres de la moda,
pálidas lombrices del queso
capitalista, qué hicistéis
ante el reinado de la angustia,
frente a este oscuro ser humano,
a esta pateada compostura,
a esta cabeza sumergida
en el estiércol, a esta esencia
de ásperas vidas pateadas?

No hicistéis nada sino la fuga,
vendistéis hacinado detritus,
buscastéis cabellos celestes,
plantas cobardes, uñas rotas,
“Belleza pura”, “sortilegio”,
obra de pobres asustados
para evadir los ojos, para
enmarañar las delicadas
pupilas, para subsistir
con el plato de restos sucios
que os arrojaron los señores,

sin ver la piedra en agonía,
sin defender, sin conquistar,
más ciegos que las coronas
del cementerio, cuando cae
la lluvia sobre las inmóviles
flores podridas de las tumbas.

Es decir, que una vez más, el bardo chileno se enfrenta a la concepción de la literatura por la literatura y la repudia con energía, renegando de preciosismos y de normas, de escuelas y de teorías, de métodos y artilugios. Su única sujeción, más allá de todo nerudismo, del que también reniega, es el compromiso de solidaridad. Por eso, cuando escribe: “Yo tenía que ser yo mismo”,¹⁹ lo que realmente desea significar es: “Yo tenía que ser solidario”. No obstante, en cuanto consorcia las vías del corazón con las técnicas de la vanguardia, la realidad espúrea del vivir con las sutilezas del crear, el realismo con el idealismo;²⁰ es decir, en cuanto se define como “omnívoro” de sentimientos, de voces, de libros, de pensamientos y de batallas”,²¹ no se le desprestigiaría encuadrándolo dentro del neorromanticismo. Esa vocación omnívora, ese afán de ser todo a la vez se halla implícito en el repudio romántico de toda limitación. Lo sentencia didácticamente:

El poeta que no sea realista va muerto. Pero el poeta que sea sólo realista va muerto también. El poeta que sólo sea irracional será entendido sólo por su persona y por su amada, y esto es bastante triste. El poeta que sea sólo un racionalista, será entendido hasta por los asnos, y esto es también sumamente triste.²²

Hasta aquí el pensar teórico de Neruda sobre la poesía, que se ajusta plenamente a su poetizar. Pues el poeta que hay en él no empieza, según la frase tan manida de Ortega, donde acaba el hombre, sino que se funde y confunde con él, para fundar su obra desde la raíz y la savia de su misma sangre, porque, como él mismo profetizaba hacia 1935, “en la casa de la poesía no permanece nada, sino lo que fue escrito con sangre, para ser escuchado por la sangre”.²³ García Lorca lo intuyó también así cuando, por aquellos mismos días lo describía como un poeta que vivía más cerca de la sangre que de la tinta. O, lo que es lo mismo: más cerca de la vida que de la cultura.

Y así es en efecto: la poesía de Neruda se caracteriza, precisamente, por la inherencia y la ingerencia, la identidad y la empatía del poeta y del hombre. A Neruda sólo se lo puede leer dentro de su contexto socio-histórico. Es un poeta esencial y existencialmente referencial. Un poeta con ciencia que testifica sobre las condiciones deshumanizantes de la vida. Para él la poesía no se limita a ser estética, sino conciencia e iluminación y acción transformadora. No le interesa tanto cantar o interpretar el mundo,

cuanto redimirlo y transformarlo. En este sentido se lo ha conectado, a veces, con el marxismo. Pero el marxista que hay en él se escribe con minúscula,²⁴ como ha dicho alguien; en tanto que el poeta, por más que Juan Ramón Jiménez pretendiera arrojarlo del Parnaso, se graba con mayúscula. Ahora bien, puesto a detectar las características semánticas de su poesía, seleccionaría, particularmente, tres, a las que por bautizarlas de algún modo, las llamaré así: autobiografismo, terrenalismo y nominalismo. Todas ellas se derivan de su concepción poética y de su actitud antropocéntrica que es, acaso, la nota que mejor lo define. Paso, pues, a reseñarlas una a una.

1°. Autobiografismo:

La dimensión autobiográfica emerge hasta en los libros, al parecer, más objetivos, como en el *Canto General*. Pues, en la segunda parte del mismo, sobre todo a partir del “Canto XV” que, significativamente se titula: “Yo Soy”, el “Yo” del poeta se impone por encima de toda épica, confiriéndole al poema una tonalidad lírica y particularista. Y, aunque la historia biográfico-poética de Neruda parece dirigida por una vocación de objetivación y de creciente apertura hacia el tú—se habló, incluso, de una conversión de la lírica a la épica, como ya lo indiqué—esa vocación y esa conversión no eclipsaron jamás las efervescencias íntimas de su yo. Por eso, la poesía nerudiana fluctúa de continuo entre el intimismo auto-biográfico y la solidaridad socio-política; entre los dictados de la razón sentimental y los de la razón social; entre la fuga y la participación; entre el ser y el hacer; entre el manifiesto panfletario y la confesión erótica. Más en particular: Neruda oscila constantemente entre la poesía del hacer y del cambiar, propagandista y pública, y la del ser y el existir, de carácter más íntimo y recatado. Este proceso oscilatorio abarca desde *Veinte Poemas de Amor* (1924) hasta la *Invitación al Nixonicidio* (1973); desde la *España en el Corazón* (1938), hasta el *Memorial de Isla Negra* (1964).²⁵ En este pendulaje, en este salir del yo y regresar a él se integran y se concilian, como en un maridaje indisolubles, la realidad polivalente del ser y del existir, de la introversión y de la extroversión, del hambre de contacto y de la sed que se abreva en el pozo interior de sí mismo. Mario Benedetti observó con exactitud que el hombre-Neruda se halla muy presente en el poeta, pero se equivocó, tal vez, al aseverar que “la nitidez metafórica hace olvidar por completo la validez autobiográfica”.²⁶ Es en ese “por completo” donde reside la inexactitud. Lo autobiográfico y lo íntimo imperan no sólo en *Plenos Poderes*, ni sólo en el *Memorial*, sino en el *Extravagario*, en *Residencia en la Tierra*, en *Cien Sonetos de Amor* y en la mayoría de sus poemarios póstumos. En fin, que si Neruda ha escrito:

“Yo no tengo importancia,
no tengo tiempo
para mis asuntos,”²⁷

también ha proclamado:

“Se vuelve al yo como a una casa vieja
con clavos y ranuras, es así
que uno mismo cansado de uno mismo,
como de un traje lleno de agujeros,
trata de andar desnudo porque llueve,
quiere mojarse en agua pura,
en viento elemental, y no consigue
sino volver al pozo de sí mismo...”²⁸

Este regreso se convierte, a veces, en ensimismación. Gabriel Celaya, en un estudio bello sobre el bardo, lo describía como “de mirada fija y a la vez ausente de gran saurio sagrado”, “cargado de ancestrales melancolías” y como enajenado “de cuanto ocurre a su alrededor”; aunque, tal vez, puntualizaba, ello se podría deber a que estaba más dentro de las cosas que los demás.²⁹ De cualquier forma, su ensimismación nunca se convierte en “egorragia”, ni en egocentrismo, ni en psicología pura, como sucede, a mi juicio, con gran parte de la poesía última de Juan Ramón Jiménez.

2°. Terrenalismo:

La segunda característica que quiero desentrañar es la que he llamado terrenalismo. Entiendo por tal una actitud de entrega y de consorcio profundo con la tierra. Una especie de embriaguez o de mística de la materia. Es en este sentido en el que afirmo que Neruda funge como poeta terrenalista. Un poeta que le dice al mar:

“Yo soy tu único anillo de mi única boda.”³⁰

Es decir, un poeta cuya realidad única y cuya única patria están aquí. Fue por esto, sin duda, por lo que no se sintió nunca exiliado de ningún lugar,³¹ ni terrestre ni célico, y por lo que tampoco experimentó en ningún momento la llamada ni la nostalgia de ningún más allá. Para él sólo existió el aquí y el ahora, lo que significa que era un presentista absoluto. Para él, la última palabra y la última razón de todo era el silencio. De hecho, en su poesía no hay espacio para la interpretación “anfibia” del cristianismo, antes bien, a su juicio, éste destruye las raíces del hombre y suplanta su florecencia.³² Neruda se presenta como un poeta, al menos ocasionalmente, ateo:

Allí en Rangoon comprendí que los dioses
eran tan enemigos como Dios
del pobre ser humano.³³

Un poeta para quien

Los nombres de Dios y en particular de su representante llamado Jesús o Cristo, según textos y bocas, han sido usados, gastados y dejados a la orilla del río de las vidas como las conchas vacías de un molusco.³⁴

Un poeta para quien, como en el caso de A. Gide y de A. Camus su único dios era la tierra, no tanto en el sentido geológico y geográfico, cuanto en el antropológico-social y genesiaco. Por eso, y no por otra razón es por lo que resulta, en última instancia, un poeta materialista y antimaniqueo. El maniqueísmo, como filosofía de la existencia, es una interpretación dualista de la vida y de la realidad; una interpretación, por lo demás, que constituye, aunque oculta, una constante histórica. Para el maniqueo existe lo puro y lo impuro, la razón y el instinto, el principio del bien y el principio del mal...Neruda lo supera, sin embargo, ya que para él, las realidades no se hallan separadas, sino fundidas de modo indisoluble. Es por lo tanto, un monista.

Precisando un poco más, a su terrenalismo se lo podría describir como telúrico, erótico y vital. Me explico: al describir su terrenalismo como telúrico lo que pretendo significar es que Neruda es un poeta ensimismado en las cosas, subrayando, simultáneamente, que su poesía huele a frescura de mar y de selva, a salitre y a viento, a madera y a lluvia...es decir: a naturaleza. Neruda se proyecta como un "homo naturalis" a quien no envenenó ninguna metafísica ni perturbó ninguna trascendencia. Vivió en consonancia armónica con su "tellus" materna, con la que había pactado y a la que había elegido para siempre. No obstante, pese a todo su "naturismo", hay una nota de crujiente melancolía que no se puede soslayar. Esa nota que le obliga a decir:

"Pero este mundo no es el que yo quiero."³⁵

El erotismo aflora poema tras poema, verso tras verso, vocablo tras vocablo. La palabra que mejor compendia, acaso, su identidad personal es la de amante. Esto, en una triple dimensión: amante del mundo, del hombre en general y de la mujer en particular. El amor al mundo cósmico se lo puede describir como ternura; el del hombre, como solidaridad empática; al de la mujer sólo le cuadra un adjetivo: absorbente. La mujer, llámese Rosaura, Teresa, Jossie, Delia o Matilde, magnetiza el corazón de Neruda y lo desborda de entusiasmo genesiaco. En este sentido, quizá el poema "De Piel del Abedul" sea uno de los que mejor expresan el vertiginoso erotismo que de continuo lo asedia:

Todos los labios del amor
fueron haciendo mi ropaje

desde que me sentí desnudo:
ella se llamaba María,
(tal vez Teresa se llamaba),
y me acostumbré a caminar
consumido por mis pasiones.³⁶

Cuando Gabriela Mistral afirmó de él que era "el poeta más corporal que pueda darse",³⁷ expresó un gran acierto. Pero, si además de corporal, hubiera añadido "gástrico", la descripción habría sido completa, ya que la gastronomía y la culinaria se filtran a menudo por sus versos, proyectándonos la imagen sibarítica de un "gourmand".³⁸ En su "Arte Magnética", poema que se asocia de inmediato con su conocidísima "Arte Poética", lo sexual y genesiaco se imponen como criterios:

De tanto amar y andar salen los libros.
Y si no tiene besos o regiones
y si no tienen hombre a manos llenas,
si no tienen mujer en cada gota.
hambre, deseo, cólera, caminos,
no sirven para escudo ni campana
están sin ojos y no podrán abrirlos,
tendrán la boca muerta del precepto.
Amé las genitales enramadas
y entre sangre y amor cavé mis versos,
en tierra dura establecí una rosa
disputada entre el fuego y el rocío.
Por eso pude caminar cantando.³⁹

La tercera connotación de su terrenalismo es la vitalidad. Cuando digo que Neruda es un poeta vital, esta palabra significa dos cosas: que entraña el sentido de la muerte y que éste no es otro que el de la renovación. Para Neruda, todo, efectivamente, muere; pero todo renace también. Tras el invierno del despojo y de la depuración llega, indefectiblemente, la primavera. En realidad, el sentido último de todo, más allá del silencio, no parece ser en él, como en Parménides, más que uno: el del eterno retorno. Es decir, el de un eterno circuito cerrado en la materia:

Me muero con cada ola cada día.
Me muero con cada día en cada ola.
Pero el día no muere
Nunca
No muere.
¿Y la ola?
No muere.
Gracias.⁴⁰

Ese “gracias” testimonia que, además de agradecer la vida, se inserta en ella, como regenerada y regeneradora, para siempre. La regeneración “entrópica” se detecta claramente en el primer poema—“El Egoísta”—de *Jardín de Invierno*:

Esta es la hora
de las hojas caídas, trituradas
sobre la tierra, cuando
de ser y de no ser vuelven al fondo
despojándose de oro y de verdura
hasta que son raíces otra vez
y otra vez, demoliéndose y naciendo,
suben a conocer la primavera.⁴¹

Es por esta vitalidad terrenalista y cósmica por lo que constituye en un poeta genesiaco, sembrador de vida y revitalizador. La Academia Sueca lo definió, justamente, como “fuerza elemental que da vida al destino y a los sueños de un continente”. Y eso fue, en definitiva, un poeta hipnotizado y subyugado por la tierra. Un poeta que miró lleno de asombro la creación, que la experimentó y que, aunque no paradisiaca, comprobó que era buena. Por eso, en parte, fue lo contrario de un asceta y de un espiritualista.

3°. Nominalismo:

La tercera nota con que me parece oportuno caracterizar la poesía nerudiana es la de nominalismo. Acaso resulte fecundo regresar hasta Guillermo de Occam (1350) para ilustrar el significado genuino de este vocablo, y para comprender hasta qué punto se da una real tangencia entre el bardo chileno del siglo XX y el franciscano inglés del XIV. Sostenía éste, en la famosa polémica sobre los universales—polémica que envolvió a los grandes filósofos de la época—que el conocimiento se halla vinculado con la realidad conocida y que, por lo mismo, cuanto más próxima sea ésta, tanto más logrado resulta aquél. En última instancia, el único conocimiento que se aproxima a la verdad objetiva es el concreto y específico de la realidad individual. La abstracción, las generalizaciones, los universales los consideraban epistemológicamente inválidos. Esto equivalía a decir que lo que más se aleja del conocimiento auténtico es la metafísica. De hecho, el nominalismo destruye todas las metafísicas y orienta la inteligencia hacia el escepticismo.

Naturalmente, esta corriente filosófica que convertía los sentidos en la única fuente del conocer humano, constituyó parte de la gran crisis que se desató en Europa durante el siglo XIV.

Ahora bien, al caracterizar la poesía de Neruda como nominalista, lo que me interesa es poner de relieve su repudio, tanto de la abstracción como del intelectualismo culturalizante. Neruda quiso ser y fue un poeta plástico

y próximo a las cosas, visual y táctil a la vez. Un poeta que absorbe, no conceptual, sino físicamente la realidad o la savia del mundo; esto es, que la succiona, no librescamente, sino vitalmente y como por ósmosis directa con las cosas. No por ideas generales preconcebidas, sino por vivencias individualizadas:

“Cada vez veo menos ideas en torno mío y más cuerpos, sol
y sudor”, declara en sus memorias.⁴²

Por eso, en su poesía no se hallan ni generalizaciones abstractas ni purismos. Hay, sí, cosas, muchas cosas. Cada poemario suyo se parece a un almacén de cosas. El repertorio de su onomástica, jamás superado por bardo alguno, exhibe todo tipo de nombres sustantivos: domésticos, humildes, utilitarios..., por encima y con menosprecio de todo preciosismo y de toda selección atildada. Neruda es un poeta superpoblado de nombres de cosas a las que acaricia con ternura franciscana-materialista. Como observó Miguel Angel Asturias, la suya es la poesía “que más objetos contiene” y que “más cosas canta”. Una poesía “llena de todo lo que existe”.⁴³

Efectivamente, desafiando a los “ismos” y vanguardistas, que parecían inundarlo todo de abstracciones, se afirmó sobre lo anecdótico y lo figurativo, sobre lo tangible y lo palpable, como sobre un bastión. El es el poeta de las realidades inmediatas y prosaicas del cotidiano vivir. Sus *Odas elementales*, que a veces semejan verdaderos listados de cosas, constituyen una inmersión en la impureza inevitable de la materia. Pero, imantadas por la varita mágica de su palabra se opera en ellas una taumaturgia, en virtud de la cual dejan prodigiosamente de ser realidades plebeyas y se transforman, o transfiguran al menos, en material prestigioso. De donde resulta que él, como nominalista, ajeno a las alianzas entre la lógica y el artificio, se convierte, paradójicamente, en un poeta originario y bautismal, amén de polifónico, de cuyo verbo surge un mundo nuevo, pletórico y opulento, saturado hacia todas las latitudes de pequeños y extraños tesoros.

Realmente Neruda supo recuperar y redimir la belleza del mundo cotidiano: la belleza de las elementales, anodinas y espúreas realidades de nuestro vivir, para la que nos hallábamos ciegos por exceso de rutina en nuestros ojos. En este sentido, se puede convertir en el gran educador de nuestra mirada, por cuanto nos ayuda a descubrir, como un numismático de oficio, la imagen desgastada de las cosas.

NOTAS

¹Fueron recogidos en: Neruda, *Para Nacer He Nacido*, Edit. Briguera, Barcelona, 1ª ed. 1980, pp. 147-151.

²Op. cit., p. 150

³Neruda vivió en España de 1934-1937. Esta estadia es de suma importancia para su obra. Fue, de hecho, a raíz de este contacto con España, no a consecuencia de la guerra civil, como se produjo la que se ha llamado su "conversión". Neruda se ha referido a esta época con insistencia y con énfasis. En una de las últimas referencias, en la entrevista que le otorgó al escritor y periodista Marino Gómez Santos, le confesó que esa época era "fundamental" en su vida. E insistía:

"...casi todo lo que he hecho en mi poesía y en mi vida tiene la gravitación de mi tiempo de España... Al recordar aquella época, a mí se me confunden las cosas con un gran afecto."

Marino Gómez Santos, "Crónica", *Mundo Hispánico*, Madrid, Dic. 1971, Núm. 285, pp. 74-75.

⁴*Para Nacer He Nacido*, p. 152

⁵"La poesía no habrá cantado en vano" (Discurso de recepción del Premio Nobel), en: *Para Nacer He Nacido*, pp. 449-458; p. 453.

⁶Luis Rosales, "Residencia en la tierra", ABC, Madrid, 27-IX, 1973.

⁷C. D. Hamilton, "El Canto Personal de Neruda", *Cuadernos Americanos*, México, sep.-oct. 1980, Núm. 5, pp. 206-227.

⁸Neruda, *Confieso que He Vivido. Memorias*, Losada, Buenos Aires, 2ª ed. 1974,

Justo Jorge Padrón recoge también un texto nerudiano en el que se le percibe más preocupado por los problemas del hombre que por los de la literatura:

"No puedo evitar cierto desprecio por el culteranismo como interpretación de la vida. Mis enemigos son aquellos que destruyen la verdad, la justicia y el respeto humano."

"Viaje a través de Neruda", *Insula*, Núms. 300-301, nov.-dic. 1971, pp. 14-15.

⁹*Para Nacer He Nacido*, p. 161

¹⁰Op. cit., p. 455

¹¹Ibid, p. 176

¹²*Odas Elementales*, Losada, 3ª ed. 1970, pp. 168-169

¹³*Confieso que He Vivido*, p. 398

¹⁴Ibid

¹⁵*Para Nacer He Nacido*, p. 10

¹⁶Ibid. p. 10

¹⁷"Lo criollo en la literatura", en *Las Nubes*, 1956. Cfr. Anderson Imbert-Florit, *Literatura Hispanoamericana, Antología e Introducción Histórica*, Holt, Rinenart and Winston Inc., Edición Revisada, 1970, Vol. II, pp. 437-444, p. 443

¹⁸Edit, Losada, 4ª ed. 1970, pp. 169-170

¹⁹*Confieso que He Vivido*, p. 357

²⁰"Os amo idealismo y realismo,
como agua y piedra
sois partes del mundo,
luz y raíz del árbol de mi vida."

"La verdad", en: *Sonata Crítica*, Losada, 1964, p. 103.

²¹*Confieso que He Vivido*, p. 359

²²Ibid, p. 361.

²³*Para Nacer He Nacido*, p. 147

²⁴C. D. Hamilton señala que Neruda no es un poeta esencialmente político. Cita, al respecto, una declaración suya al rotativo francés "L'Express", en la que el recién galardonado Premio Nobel manifiesta:

"La política es obsesión de otros, no mía... Me han mezclado en la política... No es lo esencial de mi poesía",
"Canto Personal de Neruda", *Cuadernos Americanos*, 1980, Núm. 5, p. 208.

En sus memorias—*Confieso que He Vivido*—escribe textualmente:

"Muchos me han creído un convencido staliniano. Fascistas y reaccionarios me han pintado como un exégeta lírico de Stalin. Nada de esto me irrita en especial. Todas las conclusiones se hacen posibles en una época diabólicamente confusa." p. 426

²⁵*El Memorial de Isla Negra*, publicado por Losada en 1964 y por Seix Barral en 1976, comprende cinco libros: I) *Donde Nace la Lluvia*, II) *La Luna en el Laberinto*, III) *El Fuego Cruel*, IV) *El Cazador de Raíces*, V) *Sonata Crítica*.

Han sido también publicados separadamente.

²⁶Mario Benedetti, *Letras de un Continente Mestizo*, Edit. Arca, Montevideo, 1970, 2ª ed., p. 69.

²⁷*El Hombre Invisible*, O. C. Buenos Aires, Losada, 2ª ed. 1962, p. 939.

²⁸*El Mar y las Campanas*, Losada, 1973, p. 39

²⁹Gabriel Celaya, "Pablo Neruda, poeta del tercer día de la creación", en: *Taller de Letras*. Revista del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile. Homenaje a Neruda, 1972, Núm. 2, pp. 8-11; p. 9

³⁰*Para Nacer He Nacido*, p. 177

³¹Ibid. p. 177. Escribe textualmente:

"Soy un rico de patria, de tierra, de gentes que amo y que me aman. No soy un patriota desdichado ni conozco el exilio. Mi bandera me envía besos cada día. No soy desterrado porque soy tierra, parte de mi propia tierra, indivisible, espaciosa."

³²Su poema "Un perro ha muerto" (*Jardín de Invierno*, Seix Barral, 1977, pp. 85-85) podría ser un buen exponente de esta afirmación.

³³*Memorial de Isla Negra, La Luna en el Laberinto*, Seix Barral, 1976, 1ª ed. p. 98.

³⁴"Gautama Cristo", en: *Jardín de Invierno*, Seix Barral, 1977, 1ª ed. p. 15.

³⁵*Memorial de Isla Negra, Sonata Crítica*, "Aquí estoy", p. 257.

³⁶*Jardín de Invierno*, p. 22-23.

³⁷Gabriela Mistral, "Recado sobre Pablo Neruda" en: *Taller de Letras*. Revista del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile, Homenaje a Neruda, 1972, Núm. 2, pp. 119-123; p. 120.

³⁸Como se sabe, Neruda escribió, al alimón con Miguel A. Asturias un libro sobre la cocina húngara. Pero, valga sólo una cita como ejemplo de su sibaritismo:

"Yo, pecador en todo régimen,
con comedores de regiones remotas,
turcomanos, kirghises, caucásicos pastores,
me determino cantor y carnívoro:
me alborozan los cuerpos y la música,
la alegría profunda del estómago,
la voz de los sonámbulos violines."

Elegía, Seix Barral, 1976, 1ª ed., p. 89.

³⁹*Memorial de Isla Negra. Sonata Crítica*, Seix Barral, p. 231.

⁴⁰"Poema XXVIII, en: *Aún*, Editorial Lumen, Barcelona, 1971, p. 77.

⁴¹*Jardín de Invierno*, p. 10.

⁴²*Confieso que He Vivido*,

⁴³"Pablo Neruda", en: *Taller de Letras*, p. 124.

BIBLIOGRAFIA

Alazraki, Jaime, *Poética y Poesía de Pablo Neruda*, Las Américas P. C. 1965.

Alonso, Amado, *Poesía y Estilo de Pablo Neruda*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1940.

Asturias, Miguel Angel, "Pablo Neruda", en: *Taller de Letras*, Revista del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile. Homenaje a Neruda, 1972, Núm. 2, p. 124.

Benedetti, Mario, *Letras de un Continente Mestizo*, Edit. Arca, Motevideo, 2ª ed. 1970, pp. 65-70, "Vallejo y Neruda: dos modos de influir".

Camacho Guizado, Eduardo, *Pablo Neruda, Naturaleza, Historia y Política*, Colección Clásicos y Modernos; Núm. 4, Sociedad Genral Española de Librerías, Madrid, 1978.

Celaya, Gabriel, "Pablo Neruda, Poeta del Tercer Día de la Creación", en: *Taller de Letras*, Revista del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile, Homenaje a Neruda 1972, Núm. 2, pp.8-11.

Concha, Jaime, "Neruda: la Tierra se llama Pablo", en revista *Sin Nombre*, Vol. VI, Núm. 3, 1976, pp. 79-87.

Gatell, Angelina, *Neruda*, Colección Grandes Escritores Contemporáneos, E.P.E.S.A., Madrid, 1971.

Gómez Santos, Marino, "Crónica", en: *Mundo Hispánico*, Madrid, diciembre 1971, Núm. 285, pp. 74-75.

Hamilton, C. D., "Canto personal de Neruda", en: *Cuadernos Americanos*, 1980, Núm. 5, pp. 206-227.

Mistral, Gabriela, "Recado sobre Pablo Neruda", en: *Taller de Letras*, 1972, Núm. 2, pp. 119-123.

- Neruda, Pablo, *Confieso que He Vivido*, Losada, Buenos Aires, 1974, 2ª ed.
Para Nacer He Nacido, Bruguera, Barcelona, 1980, 1ª ed.
Memorial de Isla Negra, Seix Barral, Barcelona, 1976
Odas Elementales, Losada, 1970, 3ª ed.
Canto General, Losada, 1970, 4ª ed.
Jardín de Invierno, Seix Barral, Barcelona, 1977
Elegía, Seix Barral, 1976, 1ª ed.
Aún, Editorial Lumen, Barcelona, 1971
- Padrón, Justo Jorge, “Viaje a Través de Neruda”, *Insula*, 1971, Núm. 300-301, pp. 14-15.
- Pietri, Uslar, “Lo Criollo en la Literatura”, en *Las Nubes*, 1965
- Rivero, Eliana S., *El Gran Amor de Pablo Neruda: Estudio Crítico de su Poesía*, Edic. Plaza Mayor, Madrid, 1971.
- Rodríguez Monegal, Emir, “Darío y Neruda: un Paralelo Imposible”, en revista *La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, enero-junio 1967, Núms. 55-56, Homenaje a Rubén Darío, pp.99-105.
- Rosales, Luis, “Residencia en la Tierra”, Madrid, ABC, 27-IX, 1973.
- Sánchez, Luis Alberto, “El Secreto Amor de Neruda”, *Revista Iberoamericana*, 1976, Núm. 94, pp. 19-29.
- Simposio Pablo Neruda, Actas*, University of South Carolina, Las Américas, 1975, Editores: Isaac Jack Levy-Juan Loveluck.
- Villegas, Juan, *Estructuras Místicas y Arquetípicas en el Canto General de Neruda*, Edit. Planeta, Barcelona, 1976.
- Zardoya, Concha, “El Poeta Político en Torno a España”, en: *Cuadernos Americanos*, 1976, Núm. 3, pp. 139-273.
- Villegas, Juan, *Estructuras Místicas y Arquetípicas en el Canto General de Neruda*, Edit. Planeta, Barcelona, 1976.
- Zardoya, Concha, “El Poeta Político en Torno a España”, en: *Cuadernos Americanos*, 1976, Núm. 3, pp. 139-273.